

LA MISSION EVANGELIZADORA HOY

2. De una teología de la gracia a una espiritualidad para la misión

En mi conferencia de ayer subrayé las resistencias que nuestros contemporáneos experimentan, en todo caso en Europa, con relación a la fe cristiana. La población se ha alejado masivamente de la fe tradicional. Asistimos a una profunda crisis del cristianismo. Pero no por eso se puede decir que el cristianismo haya llegado a su fin. Los tiempos de crisis son a la vez momentos de creatividad, tiempos en los que surge la novedad.

En consecuencia, ¿cómo pensar la misión evangelizadora para que se adapte a la novedad del contexto sociocultural? ¿Y cómo lograr que la evangelización sea verdaderamente evangélica?

Para responder esta pregunta es necesaria una reflexión teológica a fondo. Una reflexión que nos permita pensar correcta y adecuadamente nuestra misión evangelizadora en las condiciones actuales. Y con el apoyo de esta reflexión teológica, pondremos por obra una espiritualidad pastoral, una manera de comprometernos en la misión pastoral conforme con el mensaje del Evangelio, y que, a la vez, sea apropiada para el contexto sociocultural. Hagamos por tanto una propuesta que articule íntimamente reflexión teológica y perspectivas espirituales.

1. Teología de la gracia

Al abordar la misión evangelizadora en el mundo secularizado contemporáneo, me parece particularmente oportuno recurrir a una teología de la gracia, una teología del amor incondicional e infinito de Dios. Como me es imposible desarrollar aquí todos los aspectos de la teología de la gracia, me limitaré a enunciar algunos que me parecen fundamentales y que pueden servirnos como inspiración para la misión evangelizadora del mundo secularizado, laico, pluralista, y plurireligioso de hoy.

La gracia de Dios es desbordante, excesiva, sin medida

Primera afirmación: el amor de Dios manifestado en Jesucristo es desbordante, excesivo, inconmensurable. En efecto, ¿qué otro mensaje conocemos y podemos entregar, como cristianos que somos, sino es el del amor sin medida, gratuito e incondicional de Dios? Ésta es la afirmación fundamental que sostiene por entero al cristianismo. Que lo queramos

o no, que lo sepamos o no, que lo proclamemos o no, la gracia superabundante de Dios está a la obra en el mundo como un amor infinito que nos desborda. Y de ello somos testigos.

Ahora bien, ¿cómo podemos decir que Dios nos ama de esta manera, sin medida ni condiciones? Al contemplar el rostro de Cristo, que nos amó hasta el extremo (Jn 13,1), podremos vislumbrar el amor del Padre. Jesús pasó su vida haciendo el bien (Hch 10,38), vivió el espíritu de servicio, invitó a los hombres a ser más humanos, a salir de la violencia, a reconocerse como hermanos y hermanas, hijos de un Dios al que se puede llamar “Padre Nuestro”. Jesús llamó a todos los que encontró en su camino a tener fe en la vida, en los otros y en sí mismos y a trazar el camino de su propia existencia con esta misma fe. «Vete, tu fe te ha salvado», dijo Jesús a Bartimeo (Mc 10, 52). Como lo destaca Christoph Theobald en su obra “El cristianismo como estilo”¹, la manera como Jesús acogía a las personas era tal que cada uno de sus encuentros se convertía en un “acontecimiento”, en un “advenimiento” a la vida para la otra persona y también para Jesús. Pero este hombre, Jesús, fue rechazado y asesinado por las autoridades religiosas de su tiempo. Lo acusaron de hablar mal de Dios, de estar del lado de Satán. En la cruz, cuando toda la violencia se desencadenó contra él, Jesús no cedió a la violencia y por eso la venció. Él no respondió con violencia sino con una palabra de perdón. San Pablo expresa este drama de la cruz de manera admirable: «donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia» (Rm 5,20).

Tal es el misterio de la cruz: exceso de mal y exceso de un amor todavía más grande. La resurrección es la obra de Dios que se revela en este drama. Por la resurrección, Dios hace justicia y rinde testimonio de Jesús, autenticando así su vida y su obra. De alguna forma Dios dice: «Yo estaba al lado de este hombre. Si quieren saber quién soy yo, escúchenlo; si quieren saber cómo amo yo, mírenlo». Como cristianos, nosotros podemos decir que Dios ama, salva, comunica la vida en abundancia, de manera incondicional, sin límites, infinitamente, desmesuradamente, cuando miramos a Jesús, el Hijo único, muerto y resucitado. En él vamos a reconocer el rostro del Padre.

Veamos ahora cómo las Escrituras dan testimonio de múltiples formas de la infinitud de la gracia de Dios. Podremos escuchar de manera nueva las siguientes citas, por cierto bien conocidas, si observamos en ellas la insistencia en el exceso de la gracia de Dios.

* «Hermanos, Dios rico en misericordia, por el grande amor con que nos amó, estando muertos a causa de nuestros delitos, nos vivificó juntamente con Cristo –por gracia habéis sido salvados– y con él nos resucitó y nos hizo sentar en los cielos con Cristo Jesús, a fin de mostrar en los siglos venideros la sobreabundante riqueza de su gracia, por su bondad para con nosotros en Cristo Jesús. Pues habéis sido salvados por la gracia mediante la fe; y esto no viene de vosotros, sino que es don de Dios» (Ef 2,4-8).

* «Dios, que no perdonó ni a su propio Hijo, antes bien lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará con él graciosamente todas las cosas?» (Rm 8,32).

* «Pues estoy seguro de que ni la muerte ni la vida ni los ángeles ni los principados ni lo presente ni lo futuro ni las potestades ni la altura ni la profundidad ni criatura alguna podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro» (Rm 8, 38-39).

*El himno a la caridad de San Pablo no pronuncia el nombre de Dios pero lo designa por su naturaleza. «El amor, dice San Pablo, es paciente, es servicial, todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. El amor no desaparecerá jamás» (1 Co 13, 4-7).

¹ Christoph THEOBALD, *Le christianisme comme style. Une manière de faire la théologie en postmodernité*, Collection « Cogitatio fidei », 2 volumes, 260-261, Le Cerf, Paris, 2007.

Así pues, nada puede acabar con el amor de Dios por nosotros, ni siquiera el pecado. El don de Dios es sin medida e incondicional. Lo único que se nos pide es consentir en dejarnos amar puesto que Dios, en su bondad, no podría darnos la vida contra nuestra voluntad; es dejarnos seducir por este amor ardiente, dejarnos revestir de su gracia.

Si la gracia de Dios es a tal punto excesiva, entonces para Dios la fe cristiana no es camino obligado para ser engendrados a su vida

Si el amor de Dios es a tal punto inconmensurable e incondicional sin medida, sin condiciones, podemos decir que su poder salvífico se extiende sobre la humanidad entera. Como cristianos, somos testigos de este poder salvífico, aunque no esté reservado sólo a nosotros. En otros términos, la fe cristiana no es el camino obligado para engendrar la humanidad a la vida divina. Dios crea y recrea, engendra a su vida y salva de una forma que no podemos medir ni calcular, independientemente de la Iglesia, de su testimonio y de sus sacramentos. Claro está que, como cristianos, podemos decir que la gracia de Dios se manifiesta en el mundo entero y está a la obra por medio de la Iglesia y de sus sacramentos; pero al mismo tiempo debemos sostener la siguiente afirmación de *Gaudium et Spes*, retomada por el *Catecismo de la Iglesia Católica*²: «Cristo murió por todos y la vocación última del hombre es realmente una sola, es decir, la vocación divina. En consecuencia, debemos afirmar que el Espíritu Santo ofrece a todos la posibilidad de que, de un modo conocido sólo por Dios, se asocien a este misterio pascual»³. No se trata aquí de volver a la problemática de los “cristianos anónimos” o de la “fe implícita”. Se trata más bien de afirmar, muy radicalmente, que el poder creador y salvífico de Dios se extiende sobre el universo y la humanidad entera y desborda las realidades eclesiales. En la Eucaristía, por demás, no cesamos de rogar por “todos los que ya han dejado este mundo”. Así, sin llegar a limitarla, la Iglesia da testimonio de la gracia infinita de Dios. Como Pedro, al dirigirse a la asamblea de Jerusalén, refiriéndose a la salvación ofrecida a los paganos, podríamos decir: “¿Quiénes somos nosotros para poner obstáculos a Dios?” (cf. Hch 11, 17). Es cierto que la gracia de Dios pasa por los sacramentos y es significada por ellos; pero la eficacia de la gracia divina no queda reducida a los sacramentos⁴; por en contrario, los desborda. Si hipotéticamente la fe cristiana desapareciera de la tierra, no sería menor la solicitud creadora y recreadora de Dios por el mundo, por la gracia de Cristo.

De este modo, podemos decir que la fe cristiana, en razón de la superabundancia de la gracia de Dios, de la que da testimonio la fe, no es un camino obligado para ser engendrado a la vida divina. En otras palabras, la salvación se da por fuera de la fe cristiana. Y es la misma fe cristiana la que lo afirma.

Si por la gracia de Cristo toda persona puede ser engendrada a la vida divina sin pasar por la fe cristiana, sin embargo ésta es radicalmente preciosa por todo lo que permite conocer, vivir y celebrar. La fe cristiana transfigura la vida y permite llevar una existencia totalmente renovada.

² *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1992, §1260.

³ *GS 22*; ver también *LG 16*; *AG 7*

⁴ Dios ha vinculado la salvación al sacramento del Bautismo, pero su intervención salvífica no queda reducida a los sacramentos. In *Catecismo de la Iglesia Católica* §1257

Si la fe cristiana no es condición obligada para ser amado por Dios y ser engendrado a su vida, sin embargo es absolutamente preciosa ya que hace posible conocer y reconocer con redoblado gozo la gracia de Dios como don totalmente gratuito y la esperanza por la que esta misma gracia permite esperar mucho más allá de lo que es posible imaginar. Este reconocimiento, vivido fraternalmente en Iglesia y celebrado en los sacramentos, no sólo ilumina la vida con un nuevo resplandor, sino que la reconfigura y la transfigura radicalmente.

Así es nuestra condición humana, no es necesaria la fe cristiana para vivir una vida gozosa, plena de sentido, generosa, comprometida, colmada de valores. No son necesarias la fe cristiana y la Iglesia para vivir según el Espíritu de Dios y ser incorporados al misterio pascual. No es necesaria la fe cristiana para que una existencia fundada en la verdad pueda ser reconocida como obra de Dios. Desde el instante mismo en que el amor esté presente, que la acogida cordial se viva entre los seres humanos y que éstos se alejen de la violencia, el Espíritu de Dios está a la obra, dando a cada cual la posibilidad de renacer y de escribir su propia historia. «El que obra la verdad va a la luz, para que quede de manifiesto que sus obras están hechas según Dios» (Jn 3, 21).

Por otra parte, la fe cristiana no añade nada a la gracia de Dios, la cual está actuante en la génesis del mundo, a no ser, el reconocimiento explícito de la gracia. Y es este reconocimiento, con todo lo que permite vivir en Iglesia, el que renueva la mirada sobre todas las cosas y transfigura la vida; este reconocimiento es el que aporta nuevos motivos de gozo, de sentido por la vida, de gratitud, de compromiso que vienen a sumarse, por gracia, a la gracia de la existencia. Desde este punto de vista la fe es del orden del “cuánto mejor”; del “con mayor razón” del “a fortiori”. Si la vida tiene sentido y se vive gozosamente, si existen motivos para luchar por un mundo más humano, “cuánto mejor”, “con mayor razón”, “a fortiori”, si se es cristiano y si se sabe que somos hijos e hijas de Dios, hermanos y hermanas que tenemos prometida una vida que no acabará jamás. En cuanto a las tareas comunes de humanización que movilizan a los hombres, «por esa misma fe, como lo dice *Gaudium et Spes* (§43), (los cristianos) están más obligados a cumplirlas». Si ser solidarios entre sí es un deber para los seres humanos, “con mayor razón” si nos reconocemos como hijos e hijas de Dios, hermanos y hermanas en Jesucristo, llamados todos a la vida eterna.

Desde esta perspectiva, la fe aparece como un acrecentamiento del sentido de la existencia, del gozo, de la comunión, que no vienen a yuxtaponerse a la vida, sino más bien a renovarla, a transfigurarla de raíz como en una nueva creación para que renazca en Cristo; como dice San Pablo: «el que está en Cristo es una nueva creación» (2 Co 5,17). La vida toda va a ser así renovada, transfigurada. No quiere decir esto que los cristianos tengamos motivos para enorgullecernos frente a los demás, pues no se trata de ser o de pretender ser mejores, sino más bien de ajustarnos a la revelación de una gracia que transforma la vida, que es ofrecida a todos y que se quiere compartir con presteza.

Antes de pasar a la segunda parte de mi exposición, resumo lo que he expuesto hoy. En virtud de la naturaleza superabundante de la gracia de Dios, la fe cristiana no es un camino obligado para ser engendrado a la vida divina. Pero la fe es substancialmente preciosa por la transformación que ejerce. La fe se ofrece como un exceso de la gracia que se suma a la gracia de la existencia y renueva la vida.

2. Una espiritualidad misionera para los pastores

Creo que las tres afirmaciones teológicas que desarrollé brevemente en el punto precedente nos permiten establecer las perspectivas fundamentales para la misión evangelizadora en nuestros días. Vamos a plantear este tema, ante todo, en términos de espiritualidad. ¿Cuál es nuestra actitud o disposición para responder a la invitación pastoral? Actualmente, tenemos urgente necesidad de una espiritualidad pastoral que precise las actitudes, la manera de *ser* y de *hacer* en la pastoral. Este es el objetivo de la segunda parte de mi exposición de hoy. Como podrán darse cuenta, las perspectivas que voy a desarrollar dan continuidad y refuerzan las actitudes planteadas por el Concilio Vaticano II.

Contemplar

Una teología de la gracia, tal como la hemos esbozado, lleva al pastor, ante todo, a contemplar el amor de Dios en su designio creador y salvador. Se trata de detenerse y permanecer delante de este misterio, de dejarse empapar por su profundidad para tratar de ajustarse a su grandeza. Antes de realizar cualquier otra tarea, antes de considerar cualquier acción, se trata de dejarse impregnar por el don generoso, inconmensurable que Dios nos ha dado. Durante el discurso de clausura del Concilio, el papa Pablo VI hacía notar, precisamente, de qué modo la contemplación había acompañado al Concilio el cual, en su método y en su espíritu, fue esencialmente un concilio pastoral: «Fijar nuestra mirada y nuestro corazón en Dios nuestro creador, infinitamente bueno, de una bondad sin medida, en esta actitud que llamamos contemplación, se convierte en el acto más elevado y pleno del espíritu; es esta actitud contemplativa la que todavía hoy puede y debe ordenar la inmensa pirámide de las actividades humanas»⁵ y, muy particularmente, las actividades pastorales. Así pues, toda pastoral está llamada a encontrar su impulso en la contemplación del amor divino y de su designio salvador. La clave aquí es lograr que toda pastoral esté fundada en la experiencia de la gracia de Dios y sea en sí misma expresión de la gratuidad divina.

« Ver a Dios en todas las cosas » (San Ignacio)

Contemplar a Dios «en quien vivimos, nos movemos y existimos»⁶ no fija nuestra mirada en el cielo, sino que nos lleva a discernir su presencia en la realidad concreta de las cosas, en los acontecimientos, en las personas que encontramos. Según la expresión ignaciana, se trata de «ver a Dios en todas las cosas», de ver su acción allí donde se manifiesta la vida en toda su diversidad. Contemplar la acción de Dios en el mundo lleva a maravillarse al advertir la diversidad y riqueza de su obra. También permite maravillarse ante las fuerzas de la vida, el poder de la imaginación, la creatividad de los seres humanos y las riquezas que subyacen en las distintas culturas. «Ver a Dios en todas las cosas» es verlo, incluso en situaciones donde parece estar ausente. Es ver en el mismo ateísmo un signo en nuestra historia de un Dios que, en su discreción, en su generosidad, no aparece ni evidente ni necesario para que el hombre pueda tener una vida gozosa, generosa y plena de sentido. Aún más, «Ver a Dios en todas las cosas» es sentirse inclinado a compartir, a indignarse, a resistir y a luchar cuando las personas y los pueblos no son respetados, cuando la injusticia, el mal y el sufrimiento parecen indignar a Dios. En este sentido, la pastoral empieza cuando «el gozo y la esperanza, la angustia y la tristeza de los hombres de nuestro tiempo, sobre

⁵ Pablo VI, Discurso de clausura del Concilio Vaticano II, el 7 de diciembre de 1965.

⁶ Hch 17, 28.

todo de los pobres y de toda clase de afligidos, son también gozo y esperanza, tristeza y angustia de los discípulos de Cristo; y nada hay de verdaderamente humano que no tenga resonancia en su corazón de discípulos»⁷. Contemplación, emoción y acción van aquí a la par: «Ver a Dios en todas las cosas» es una actitud que lleva a dejarse conmover –de gozo tanto como de pena– por las situaciones humanas en las que uno se encuentra inmerso. Y la emoción, tal como la palabra lo indica, obliga a “salir de sí”, invita a moverse, lleva a la práctica de la caridad.

La caridad ante todo. Prioridad de la diaconía

Así pues, contemplar a Dios, «ver a Dios en todas las cosas», es dejarse tocar por el amor desmesurado de Dios y, a su vez, dejarse engendrar al deseo de amar incondicionalmente, gratuitamente, en los buenos y en los malos momentos. La pastoral, alimentada por la contemplación del amor inconmensurable de Dios, busca vivir y dar testimonio de amor. «Si no tengo caridad soy como bronce que suena o címbalo que retiñe» (1Co 13,1), dice San Pablo. El Concilio Vaticano II, como lo atestigua el discurso de clausura de Pablo VI, experimentó este amor desbordante por el mundo, como un amor que viene de Dios: «Una corriente de afecto y de admiración brotó del Concilio sobre el mundo moderno»⁸. Son palabras que en concreto quieren decir que toda pastoral está llamada a adoptar hacia los demás, pertinazmente, a priori, y en toda circunstancia, una actitud de **benevolencia**, de **hospitalidad** y de **servicio**. Estas son las tres palabras clave de toda pastoral que se califique de evangélica. La benevolencia significa “velar por el bien”, “querer, desear el bien y “hacer el bien” a la imagen de Cristo que «pasó haciendo el bien» (Hch 10, 38). La hospitalidad, que es del orden del acontecer, consiste por su parte en hacer del otro, del extranjero, un huésped, y un amigo⁹. El mismo Cristo vivió la actitud fundamental de la hospitalidad como lo subraya muy bien Christophe Theobald cuando se refiere a su «santa hospitalidad», a su «capacidad de aprendizaje o desasimiento de sí mismo en provecho de cualquier otra presencia, aquí y ahora»¹⁰. En las circunstancias mismas del encuentro, la hospitalidad comienza una historia cuyo desarrollo es siempre imprevisible. Ella inicia y reinicia a la vida, da y vuelve a dar sentido a la existencia, da y devuelve la confianza en sí mismo, en el otro y en el porvenir. La hospitalidad –recibida y ofrecida– está en el centro del engendramiento de cada uno a su propia vida, a su propia identidad y singularidad, por la gracia de Dios. Por último, hablemos del servicio o, en otros términos, de la diaconía que define la naturaleza propia de la Iglesia. En efecto, la Iglesia está al servicio de la humanidad para que ésta pueda alcanzar la vida en abundancia. Al finalizar el Concilio, Pablo VI recordaba y hacía énfasis en esta naturaleza diaconal de la Iglesia: «Toda la riqueza doctrinal (de la Iglesia) tiene sólo una finalidad, servir al hombre. La Iglesia se ha proclamado, por así decirlo, servidora de la humanidad (...). La idea del servicio ha sido un tema central en el Concilio». Desde este punto de vista, la Iglesia está orientada prioritaria y

⁷ *Gaudium et Spes*, §1.

⁸ Discurso del papa Pablo VI en la clausura del Concilio Vaticano II, 7 de diciembre de 1965.

⁹ Hospitalidad y hostilidad son dos términos que se oponen desde el punto de vista semántico pero son etimológicamente próximos. Originalmente la palabra latina “hostis” significaba “extranjero”. Pero un extranjero puede ser reconocido y acogido o, al contrario, ser mirado con miedo y ser expulsado. Por esta razón la palabra “hostis” puede designar, de acuerdo a los ojos con que se mire el extranjero, bien sea “huésped”, bien sea “enemigo”. Ver Emile BENEVISTE, *El vocabulario de las instituciones indo-europeas*, Economía, parentesco, sociedad, volumen 1, Editions de Minuit, Paris, 1969, pp 87-10.

¹⁰ Christophe THEOBALD, *Le christianisme comme style*, tome 1, collection « cogitatio fidei », Le Cerf, Paris, 2008, p.65.

fundamentalmente a la diaconía. Ella está, no solamente al servicio de la fe, sino también al servicio de la vida. Como lo dice Philippe Bacq, teólogo pastoralista belga, «el propósito primordial de una pastoral de engendramiento es suscitar la vida, no sólo la vida cristiana y ni siquiera la vida espiritual, sino la vida en todas sus dimensiones, física, psíquica, intelectual, afectiva... Y ante todo y antes que nada, en lo más elemental, en aquello que es simplemente necesario para subsistir cada día humana y dignamente»¹¹ Una pastoral diaconal como ésta lucha contra las fuerzas del mal y ayuda a que cada cual resurja en sí mismo, en el respeto por los demás y en la preocupación por el bien común. Es una pastoral que se desarrolla sin proselitismo religioso ni eclesiocentrismo; el objetivo no es llenar los templos sino, y ante todo, el servicio por la vida: la vida de los demás, tanto como de la propia vida; una vida que recibimos de Dios como un don; don que no podemos controlar y que nos desborda en toda sus dimensiones. En la génesis de la humanidad en la que participa el cristiano “viendo a Dios en todas las cosas”, se puede reconocer la manifestación del misterio pascual como el paso a la vida verdadera por la gracia de Cristo.

El anuncio del Evangelio, un acto de caridad en el despliegue de la diaconía

En la Iglesia, la diaconía está al servicio de lo humano. Ella es una obra de humanización que se suma a todos los esfuerzos que en este sentido se realizan en la sociedad, siempre y cuando estén conformes con el Evangelio. La humanización es en sí misma un fin. Ella participa en la génesis de la humanidad bajo el impulso del poder creador y recreador de Dios. Y el anuncio del Evangelio se suma, como por exceso, a la obra de la humanización. Como lo subraya el Compendio de la doctrina social de la Iglesia, “Todo lo que atañe a la comunidad de los hombres —situaciones y problemas relacionados con la justicia, la liberación, el desarrollo, las relaciones entre los pueblos, la paz—, no es ajeno a la evangelización; ésta no sería completa si no tuviese en cuenta la mutua conexión que se presenta constantemente entre el Evangelio y la vida concreta, personal y social del hombre.⁸⁵ Entre evangelización y promoción humana existen vínculos profundos¹²”(§66). Detengámonos pues, con especial atención, en la estrecha relación que existe entre humanización y evangelización.

La humanización, por gracia de Cristo, secretamente, es el fruto de la obra creadora y recreadora de Dios en alianza con el hombre. Dios ama, engendra a la vida y salva, si se sabe o no se sabe si se es o no creyente. Precisamente la evangelización es el llamado a reconocer este misterio de salvación que está ya a la obra en nuestras vidas, a alegrarnos por ello y a celebrarlo. Pero este reconocimiento en la fe de la obra de Dios no es una condición “sine qua” para beneficiarse de la salvación (de hecho, la salvación no está reservada a los cristianos), pero en este reconocimiento sí se manifiestan desde ahora las potencialidades de la salvación como un exceso de la gracia, de por sí preciosa, que nos es ofrecida y que se suma a la existencia para transfigurarla.

En esta óptica, lo que motiva el anuncio del Evangelio y lo hace necesario, no es el hecho de que la fe sea indispensable para la salvación, sino, simplemente, el que este anuncio puede ser percibido como bueno, precioso, provechoso y deseable por todo lo que permite vivir. De hecho, el anuncio del Evangelio es un acto de caridad por el cual se ofrece al otro lo mejor que se le puede dar y desear: la revelación del amor de Dios ya actuante en

¹¹ Philippe BACQ, « Vers une pastorale d'engendrement », in Philippe BACQ et Christoph THEOBALD (Dir), *Une nouvelle chance pour l'Évangile*, Bruxelles, Montréal, Paris, Lumen Vitae, Novalis, L'Atelier, 2006, p.17.

¹² Pontificio consejo « Justicia y paz », *Compendio de la doctrina social de la Iglesia*, Libreria Editrice Vaticana, 2005, §66,

el corazón de la existencia humana junto con la esperanza inaudita que se vislumbra desde ahora. En otros términos, diríamos que la caridad es la que nos urge a anunciar el Evangelio. Por ser un acto de caridad, este anuncio es un fin en sí mismo, bien sea que los demás lo escuchen o no. Ahora bien, el anuncio del Evangelio no inmoviliza al otro ni lo atormenta ni lo amenaza afectivamente; simplemente considera que el otro, en su dignidad, tiene el derecho de conocer y descubrir con gozo el amor con que es amado y la esperanza a la que está invitado. Porque el anuncio del evangelio es un don en sí mismo, suscita, como todo regalo, la libertad; se le ofrece al otro para compartir amistosamente con él lo que se cree y espera.

Dar razón del anuncio evangélico con un estilo “grato”, amable, cordial

La proposición de la fe invita a reconocer la gracia infinita de Dios que ya actúa en la existencia. La diaconía, de la que hablé anteriormente, –que se debe realizar con competencia y de modo eficaz– acredita la proposición de fe. «Los ciegos ven, los cojos andan y el Reino de Dios se aproxima». Pero no basta la sola diaconía. Es necesario anunciar el Evangelio y lograr que su anuncio interpele la razón y sea accesible a la inteligencia humana. Recordemos la exhortación del Apóstol Pedro: «Estad siempre dispuestos a dar respuesta a todo el que os pida razón de vuestra esperanza. Pero –añadía él– hacedlo con dulzura y respeto» (1P 3, 15-16). ¡Sí! Es importante interpelar la inteligencia, pero también es necesario velar para que el tono de voz y la manera de hablar den cuenta de un estilo grato de comunicación. Por eso, además de la diaconía en la que se ancla el anuncio del Evangelio y lo hace creíble, son esenciales otras dos condiciones: por una parte, la nota argumentativa –se trata de “dar razón”–, y por la otra, la nota enunciativa, que, en sí misma, ha de ser expresión de gratuidad y estar caracterizada por la ternura y el respeto. Dos exigencias, pues, en la proposición de la fe: credibilidad y gratuidad.

Conviene pues que, cuando se proponga la fe, ésta aparezca como creíble y razonable para la inteligencia humana. En consecuencia, la proposición de la fe no puede acomodarse en la pereza intelectual. En efecto, se trata de dar razón de la fe, es decir, de hacerla comprensible, deseable y, por tanto, posible para los hombres y mujeres de hoy, pero sin violentarlos. La proposición de fe no es obligante; ella se enuncia en un espacio de gratuidad y permite que el pensamiento discurra por nuevas y prometedoras sendas. Ella conjuga flexibilidad y seriedad. Seriedad por las preguntas que plantea y flexibilidad por la libertad que da. En efecto, la proposición de fe no es una carga, no es obligante, no importuna sino que ofrece su “sólido fundamento” y su esencia salvadora al libre reconocimiento, para que sean orientadores de la vida.

Esta credibilidad en la proposición de la fe, que hace pensar pero sin llegar a obligar, implica un modo de enunciación que conlleve en sí mismo la expresión de la gratuidad. ¿Cómo caracterizar este estilo basado en la gratuidad? La riqueza del campo semántico de la palabra “gracia” nos puede ayudar a precisarlo. El campo semántico de la palabra gracia implica la noción de gratuidad, pero también de reconocimiento como en “gratitud”. Implica la dimensión de perdón como en “agraciar”. Se relaciona con el placer y la felicidad como en “agradable, grato”. Está vinculado a la belleza como en “agraciada”, “graciosa” y “gracia”. También hace alusión a la dulzura, a la amabilidad, a la cordialidad, a la no violencia y a la vulnerabilidad, como en “grácil” y “agradable”. El estilo “grato” reúne en sí todos los rasgos de gratuidad, de gratitud, de perdón, de placer, de belleza y de dulzura. El estilo agradable, lleno de gracia en la proposición de la fe es, en sí mismo, expresión de la gracia de Dios que enuncia. Por lo tanto, proponer la fe, es hacerla como posible, razonable

y plausible a la inteligencia, de manera tal que suscite al mismo tiempo el sentimiento de belleza, de placer, de gracia y de bondad.

«Para que vuestro (nuestro) gozo sea completado»

Como ya hemos dicho, la proposición de la fe es un acto de caridad que en sí mismo es un fin, independientemente de la reacción de sus destinatarios. Pero si alguno de ellos se deja mover por esta propuesta y comienza a compartir la fe, será por un exceso de la gracia. En otros términos, si ocurre la adhesión a la fe de alguien, será por una gracia suplementaria y, por lo tanto, será un motivo más de comunión y de gozo. Si se vive con alegría y si se cree gozosamente, se tienen motivos de más para comunicar la fe con alegría y entusiasmo, para creer en comunión con los nuevos creyentes. «Lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos para que también estéis en comunión con nosotros, Nosotros estamos en comunión con el Padre y con su Hijo, Jesucristo. Os escribimos estas cosas para que nuestra alegría (y la vuestra) sea completada¹³.

*

*

*

Dios creador y salvador está a la obra en el mundo sin nosotros, con nosotros y más allá de nosotros. En este sentido la obra de Dios desborda completamente el anuncio del Evangelio y la propagación de la fe. Ésta no añade nada al don de Dios que se nos ofrece a todos excesiva y gratuitamente, a no ser la gracia del reconocimiento de dicho don. Ahora bien, para beneficiarse del don de Dios no es necesario reconocerlo; sin embargo, el reconocimiento es algo totalmente precioso porque nos permite ver la existencia a la luz de un nuevo resplandor. Y es así como se transfigura y se renueva la vida, como se encuentran nuevos motivos para comprometernos gozosamente y para vivir en comunión.



ISCA

Instituto Superior de Catequesis Argentino
PENSAR LA CATEQUESIS

¹³ «Completada», más bien que «completa», pues el texto griego de la epístola dice «περληρωμένη» que es el participio pasado pasivo del verbo «ρηρόω».